

## El influjo de Aleixandre desde 1935 hasta hoy

---

La Real Academia Española, de la que Vicente Aleixandre fue miembro insigne desde la edad de cincuenta y dos años hasta su muerte a los ochenta y seis cumplidos, rinde hoy colectivo homenaje a su memoria. No puede ya ofrecer duda a nadie el hecho de que, dentro de una generación poética genial (y utilizo este adjetivo procurando otorgarle su más preciso sentido), ha sido Aleixandre uno de los que más han influido en los poetas posteriores; especialmente, como luego recordaré, en la generación de los llamados “novísimos”, nacidos, todos ellos, entre 1939 y 1953, generación de la que fue maestro y guía reconocido. Sin embargo, la huella de su personalidad empezó mucho antes, pues los primeros versos de Leopoldo Panero, que hoy conocemos gracias a la edición que de sus Obras Completas hizo su hijo Juan Luis en Editora Nacional, 1973, tienen claras resonancias aleixandrinas, y, justamente (¿quién lo hubiese podido adivinar?), del libro inicial de Vicente Aleixandre, *Ámbito*. Estos primeros versos de Leopoldo Panero están dentro de la tendencia a la famosa “pureza” poemática, de remota raíz mallarmeana, que luego llevaron a desarrollo ejemplar Paul Valéry, en Francia, y, en España, Juan Ramón Jiménez, en su segunda época, y poco después, Jorge Guillén y Pedro Salinas en su época inicial ... Ahora bien, el Panero primerizo de quien aprende este tipo de poesía es, curiosamente, del *Ámbito* aleixandrino, y sólo luego de alguna que otra señal evidente de la lectura atenta del *Cántico* de Guillén.

Pero, dicho esto, debemos afirmar que el gran discípulo de Aleixandre, el discípulo genial (porque, en efecto, ostentaba claras muestras de genialidad), fue Miguel Hernández, y no precisamente el Miguel Hernández de sus primeras obras, sino el de las últimas, que son indudablemente las mejores y, paradójicamente, las más radicalmente suyas. Pues bien: este Miguel posttrero, tan hondo, tan personal y tan emocionante (el del tríptico “Hijo de la luz y la sombra” y el del resto, tan poéticamente alto, de su obra póstuma), ostenta un profundo influjo aleixandrino, el cual, cosa rara pero indiscutible, no merma, para nada, su poderosa personalidad. El Aleixandre que le influye ahora es el superrealista, el de *La destrucción o el amor*. No en vano Miguel Hernández había proclamado en verso su ascendencia aleixandrina junto a la nerudiana. Dice a los poetas, sus amigos:

Entre todos vosotros, con Vicente Aleixandre  
y con Pablo Neruda, tomo silla en la tierra.

De Neruda, en efecto, hay cosas en Miguel. Pero de quien éste recibe un envío más enriquecedor es, como digo, de Vicente Aleixandre. Ambos poetas poseían temperamentos personales afines: por una parte, una propensión a valorar la zona afectiva, amorosa, del ser humano; por otra, una tendencia hacia la grandeza, hacia la fuerza, presente ya en el libro de Hernández *El Rayo que no cesa*, desconocedor aún del poeta que hoy tan dolorosamente homenajeamos. Por eso, *La destrucción o el amor* de Aleixandre, publicado en 1935, debió de ser para Miguel una súbita revelación de su propio destino personal: le iluminó y le hizo ver con luz más clara lo que él era *ya* como poeta, lo que él *tenía que ser* como poeta en el inmediato futuro. Diríamos que le confirmó en sus apetitos profundos y le convirtió en el autor definitivamente hondo que todos proclamamos: y esto lo podemos percibir no sólo en las cualidades arriba apuntadas como comunes con Aleixandre (fuerza y tema preponderantemente amoroso); también por los materiales simbólicos que utiliza, que son, como los de Aleixandre, cósmica y telúricamente eróticos, cosa, podemos decir, inexistente antes de la obra de éste, y que éste,

por tanto, inventa prácticamente de raíz. Expresiones como las siguientes de Hernández: el amor

pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta,  
con todo el firmamento, la tierra estremecida

o como esta, del mismo autor :

un astral sentimiento febril me sobrecoge,

y tantas más, ¿de quién vienen si no, en efecto, del Aleixandre de este período superrealista? La diferencia entre ambos es que Miguel Hernández, como toda su generación, recupera al alimón, como germen de su visión del mundo o “verdadera realidad”, el yo concreto y el mundo concreto, pues la poesía de los escritores nacidos entre 1909 y 1923 y la de los nacidos entre 1924 y 1938 van a proclamar “realidad verdadera” la unión, en efecto, de esos dos términos, otorgando a ambos (y eso es lo decisivo) *la misma importancia*. Vuelve el yo concreto del Romanticismo, pero simultáneamente vuelve también la circunstancia en la que ese yo concreto se halla situado, superándose así el proceso interiorizador, iniciado, sobre todo, de un modo ya evidente, en la filosofía cartesiana y en toda la cultura del siglo XVII, y que luego se acentuará cada vez más a partir del Romanticismo. Y esto es lo que separa radicalmente a Miguel Hernández del Aleixandre de *La destrucción o el amor*, libro éste inserto aún en el punto extremo y final del gran proceso, antes aludido, de interiorización, y por tanto, en este sentido, del gran proceso idealista previo, ya que el superrealismo del que tal obra es una de las más importantes manifestaciones europeas, quizá la más alta de todas, representa el cierre del magno trayecto de adentramiento en el espíritu humano de lo que hemos denominado, hace muy poco, “verdadera realidad”. Miguel, en sus versos, nos habla, por el contrario, de su *concreta* esposa, del *concreto* hijo, de la *concreta* guerra civil española, de la *concreta* cárcel que padeció, etc. Biografismo otra vez, como en la época romántica, aunque con un sentido muy distinto. Y es que ahora se trata del hombre *en su mundo*, en su *circunstancia*, como ya habían adelantado los filósofos de la vida, existencialistas y paraexistencia-

listas: Ortega, Heidegger; después, Sartre y los otros. No tardaría el lirismo en hacerse, además de biográfico, narrativo, movido por el mismo motivo que tuvo la razón circunstancial y vital de Ortega para tornarse narrativa también. El hombre realiza, obra siempre algo en la situación en que está y, además, para hallarse en esa situación hubo forzosamente de hallarse antes en otra *que la explica*. Ahora bien, todo obrar y todo cambiar *requiere ser narrado*. Para entender al hombre, en suma, hay que contar una historia, como ya Ortega había afirmado. A partir, sobre todo, de los años 50 la poesía lírica, sin dejar de ser lírica (y esta es la novedad), pasará a ser *cuento*, en vez de limitarse a ser *canto*.

Pero este no es todavía el caso de Miguel Hernández, cuyos versos, biográficos ya, no aparecen aún como narrativos. En el Aleixandre superrealista (y a eso iba) no existe aún, en este explícito sentido, biografía. El inmediato biografismo es, pues, la nota marcadamente diferenciadora de Miguel. Pocos años después, Aleixandre incurrirá, asimismo, en el biografismo propiamente dicho de que hablamos y también en el narrativismo que Miguel no tuvo tiempo de realizar. Y es que todos los poetas del 27 que sobrevivieron a la guerra civil entraron en la nueva época, y hasta diríamos que en la nueva edad que sucedió a la anterior (Edad Poscontemporánea la llamé hace muchos años, no "posmoderna", como se dice hoy, puesto que la modernidad terminó, en mis cuentas, con la máquina de vapor, con la Revolución francesa y con la internacionalización del capitalismo en el siglo XVIII). Esa nueva Edad poscontemporánea, superadora del idealismo interiorizador, éste sí, moderno y luego contemporáneo, se manifestará, en principio, como realismo, pues ahora se hablará de cosas concretas (yo concreto, haciendo algo concreto en una concreta situación) y todo realismo es, antes que nada, eso: concreción.

El Aleixandre realista asoma ya en algunos poemas de *Sombra del Paraíso*, escritos en 1941 y 1942 (Padre mío, No basta, Al cielo, etc.); pero, sobre todo, se desarrolla, por extenso, en los libros siguientes: *Historia del corazón* (de 1954) y *En un vasto dominio* (de 1962). Aleixandre se rejuvenece y viene a coincidir, aunque de modo, claro está, muy personal, con la

visión del mundo de la primera generación de posguerra. Debo decir aquí que toda visión del mundo es siempre colectiva y afecta, pese a cuanto se haya dicho en sentido contrario, a todas las generaciones verdaderamente vivas de un determinado momento histórico, mientras dure ese momento que, en efecto, como se ha hecho notar (Ortega, Marías), posee una duración de unos quince años. La edad de los artistas cuenta, sin embargo, y, en este sentido, sí puede hablarse de generaciones, pues los años que tenemos pueden ser un “estímulo” muy poderoso para que extraigamos de esa “verdadera realidad” o germen del período de que se trate unas consecuencias estilísticas y no otras que serían igualmente posible, y que tal vez lleven a realización los hombres de edad diferente de ese mismo instante cronológico ...

La obra de Aleixandre es una prueba, creo, de lo que digo, pues tal poeta va pasando, sucesivamente, por las cuatro visiones del mundo (regidas en cada caso por una diferente “realidad verdadera”) que se producen en el ámbito de la cultura occidental, entre 1915 (y aún antes) y 1980, aproximadamente: el Expresionismo, que en Aleixandre aparece bajo la forma de Poesía pura; el Irrealismo, que en él aparece bajo la forma de Superrealismo; el Realismo o Neorrealismo de que acabo de hablar, y, finalmente, en sus dos libros finales, acaso los más intensos de su vida, pertenecientes al período de la Marginación, marginación no frente a la razón, sino frente a un tipo especial de razón que, aplicada al hombre, asoma ahora, justamente como poco racional. Me refiero a la razón racionalista, a la razón físico-matemática (razón instrumental, razón unidimensional la llamarán los frankfurtianos). A partir de 1965, y, sobre todo, a partir de 1968 (generación en España de los “novísimos” o, fuera de España, del mayo francés), se inicia así el triunfo, *en la sociedad*, de la razón vital orteguiana, que, por ser una razón que atiende al caso particular, a la realidad humana concreta, podemos hoy interpretar como descentralizadora y como cuidadora de la calidad de la vida (ecologismo, etc.), en sustitución del abstraccionismo generalizador y del destructor y contaminador utilitarismo a ultranza de la razón físico-matemática, cuya crisis, la de esa razón, venía siempre en aumento, desde los tiempos románticos, con su rechazo de la generalizadora Preceptiva, y aún de toda generalización

(Herder, Möser). Estadios de esa crisis después del Romanticismo: *Momento simbolista*: Bergson y Unamuno, entre otros, con su desconfianza de la razón abstracta, incapaz de conocer la vida individual, el unamuniano “hombre de carne y hueso”. 2.º, *La Generación del 27*, especialmente en su fase superrealista, con su exaltación de cuanto en el hombre campea fuera del imperio del tipo de razón repudiado. Se valorará así la pasión, el instinto, lo espontáneo, lo elemental. 3.º, Los años sesenta, y más claramente hacia su final, representarán la culminación (por ahora) del proceso: en nombre siempre de la individualidad, tan valorada desde el momento romántico, sobre todo, las partes se rebelarán contra los abusos del Todo centralizador que excluye cuanto no es homogéneo, y aparecerán como “poderes”: “poder regional (las “autonomías” españolas, las descentralizaciones italianas, alemanas, francesas, inglesas, etc.); “poder negro”; “poder” de las mujeres (feminismo); “poder” de las colonias (descolonización); “poder” de las minorías en los partidos políticos, pero no sólo en ellos, etc. La revolución sexual, que ocurre en las mismas fechas, tiene, a mi juicio, idéntico sentido. En vez del erotismo de un supuesto “bien común”, centralizador y generalizador, una permisividad que es, ante todo, respeto por la conciencia de cada individuo o de cada minoría. Es una completa subversión contra el espíritu de la desatenta totalidad, aunque no contra el espíritu de esa otra totalidad más amplia y permisiva a que el desarrollo de la razón conduce (Mercado Común, idea de “Europa”, etc., etc.). La razón tiende a unir y el desarrollo de la razón es unitivo. Pero al mismo tiempo la racionalidad mayor, al ser interpretada por el humano instinto de conservación, como conciencia que cada hombre (un individuo, pues) tiene de sí mismo, llevará al interés por lo individual y concreto. De forma que, por un lado, en el mundo de hoy hay una tendencia a las grandes agrupaciones (multinacionales, superestados, política de bloques), y, por otro, hay una tendencia a la valoración regionalista y a la idea de que “lo pequeño es hermoso”. Habrá, pues, un cambio en la idea de nación. Los partidos en el poder, presionados por arriba y por abajo, no pueden, en cierto modo, gobernar al modo antiguo, y sobreviene en las masas ese típico desencanto político que caracteriza a nuestro tiempo. La soberanía nacional de antes su-

fre una amplia transformación. Como vamos viendo, lo que hay detrás de los procesos de que he hablado y de su consecuencia, el sentimiento en cada caso de lo que sea “verdadera realidad” es, últimamente, el desarrollo creciente de la racionalidad humana. Pero dejemos estas generalizaciones y retornemos a nuestro concreto tema.

Hemos adelantado los acontecimientos. Estábamos hablando del realismo o neorrealismo de las posguerra, y no sólo en la poesía: también en el cine, la novela y el teatro (en la pintura sobrevendrá después: el hiperrealismo). Aleixandre se identificará con el modo de ver el mundo la segunda fase de los poetas nacidos entre 1909 y 1923, cuando, superando el instante estrófico de esa generación, se entró en una “realidad verdadera” consistente en un “yo concreto situado en una circunstancia *social*, asimismo concreta”, pero con subrayamiento del término segundo (sociedad) con mayor fuerza que el primero (yo), al revés de lo que sucederá poco después, cuando se inicia la generación de Francisco Brines, de Claudio Rodríguez, de Gil de Biedma, de Valente. Es la hora de la poesía social y no sólo de la poesía realista. Ahora bien: Aleixandre no pierde por eso su identidad, que consistió siempre en un impulso solidario. Solidaridad primero con el cosmos (período elementalista ya mencionado que afectó a todos los superrealistas, pero que en Aleixandre tiene un desarrollo bastante mayor) y solidaridad ahora con el hombre histórico, con el hombre, pues, en un aquí y en un ahora. No deja de llamarnos la atención ver que la tendencia grandiosa a que le había llevado en su momento precedente la identificación del hombre con el cosmos, prosigue en la nueva aventura cosmovisionaria, y Aleixandre hace entonces algo paradójico y originalísimo: un realismo de inmensidades. Esta poesía suya no se rebaja, como en muchos de los otros poetas de la posguerra, en cotidianismo, vulgaridad y prosaísmo (en la mala acepción del término), sino que tiende, como antes, pero de otro modo, a lo grande: habla ahora, no del entero universo material como lo hacía previamente: fiel al espíritu del nuevo tiempo, cuyo tema es el hombre concreto, según dije, Aleixandre cantará multitudes (*En la plaza, El poeta canta por todos*), o la totalidad de

su propio vivir (*La explosión*) o la totalidad de las edades del hombre (*El viejo y el sol*, *El más pequeño*). Totalidad: esa es la palabra que encierra mejor la tendencia alexandrina que persiste en todas sus épocas, tendencia que lleva dentro de sí una propensión, vuelvo a decir, hacia lo grandioso: de ahí los superlativos, dicho sea de paso, que tanto caracterizan a su estilo en el conjunto de los sucesivos instantes por los que ese estilo atravesó.

Pero sigamos. Hacia 1965, se inicia un nuevo tiempo, y el influjo de nuestro autor sobre los más jóvenes se intensifica muy marcadamente, pues, para los poetas llamados “novísimos”, Alexandre se convierte, no sólo en el gran poeta reconocido por todos como tal (ese había sido su papel en cada uno de los tramos anteriores), sino que se convierte, tal como dije al comienzo de la presente intervención, en *el poeta*, el poeta por antonomasia, en el guía, en el paladín del grupo irrupiente. ¿A qué se debe este crecimiento del entusiasmo hacia la figura del poeta al que hoy rendimos homenaje?

La respuesta no me parece difícil de dar. Los jóvenes de los años sesenta sienten una afinidad muy profunda con Alexandre, por ser Alexandre el poeta que más extensa y coherentemente había dado, en su momento juvenil, expresión al elementalismo de la Generación del 27 y del Superrealismo; esto es, Alexandre había representado mejor que nadie, y no sólo en nuestra lengua, el tercer estadio de la crisis de la razón físico-matemática o instrumental, que ahora, a mediados de los años sesenta, entraba en su estadio cuarto. Toda la verdadera generación del 27, sobre todo en su fase superrealista (Guillén y Salinas no son propiamente de esa generación) había consistido en una genial protesta contra una sociedad que, construida por la razón abstracta, instrumental y utilitaria (utilitarismo loco y destructor: contaminación del medio ambiente, etc.), era, de hecho, represiva de las verdaderas necesidades del hombre. El superrealismo representa en el arte lo que la Escuela de Frankfurt representó en la Filosofía (Ortega, a su vez, había adelantado esas concepciones en *El tema de nuestro tiempo*). Y lo mismo que Marcusse había arrebatado con sus ideas a las masas estudiantiles de la



revolución del 68, Aleixandre arrebatava poéticamente a los jóvenes de esos mismos años en España. Pero, además, los dos últimos libros de nuestro poeta, *Poemas de la consumación* y *Diálogos del conocimiento*, suponen una nueva renovación de su autor, el cual viene a situarse, de un modo personalísimo, justamente en el centro de las preocupaciones a la sazón juveniles. Veamos.

No voy a explicar aquí por qué la marginación frente a la razón racionalista llevó a los jóvenes “novísimos” a desconfiar del lenguaje en cuanto expresador fiel de la experiencia, conduciéndoles, por tanto, a la metapoesía y al esteticismo o a nuevas formas de experimentalismo e incluso a una vuelta a la técnica superrealista, aunque ahora con un sentido muy distinto y no interiorizador como antes. Lo que sí diré es que tal marginación se presenta en Aleixandre de un modo radicalmente diferente pero igualmente fiel al espíritu del nuevo tiempo. La forma alexandrina de marginación es un incesante paradojismo. La paradoja es la forma más evidente de invertir y repudiar el logicismo racionalista, pues que implica, en un primer momento, una contradicción lógica, un imposible radical, aunque tal imposible se disuelva *luego* en la conciencia del lector, por la necesidad de intelección que mueve a éste. En el fondo, el absurdo superrealista era puramente locativo (juntar en el poema cosas que no se juntan nunca en el mundo real), bien que su solución no ocurriese en la conciencia lectora más que a nivel emotivo. Ahora, en la paradoja, el absurdo del primer instante es mayor (como mayor es el antirracionalismo del período histórico) en cuanto que afecta a la esencia misma del dicho. Pero como su disolución, en un segundo instante, ocurre en la conciencia, no hay aquí interiorización. Nos hallamos ante un rompimiento máximo de los hábitos mentales del racionalismo, y, por lo tanto, ante un rechazo de éste, *pero para quedarnos en un mundo racionalmente inteligible*. Tal es la originalísima contribución de Aleixandre a las directrices de ese nuevo tiempo, que repugna el racionalismo, dijimos, *en busca*, precisamente, *de una razón más alta*.

La contradicción lógica, muy presente ya en *Poemas de la consumación* (“Quien pudo amar no amó. Quien fue no ha sido”; “oscuridad es claridad”; “quien ve se engaña. Quien no mira

conoce”), se acentúa notablemente en *Diálogos del conocimiento*, lugar donde adquiere una formulación, no sólo más compleja, sino además de carácter sistemático, al encarnarse, los términos contradictorios, en personajes que vienen a oponerse, dos a dos, vital o mentalmente, entre sí. Figura y contrafigura: la “maja”, desinterés vital, y la “vieja”, sórdido pragmatismo (“La maja y la vieja”); “el amador”, vida cálida, y el “dandy”, escepticismo (“Diálogo de los enajenados”); “poeta primero” que mira, sobre todo, a lo mental, y “poeta segundo”, que se acerca, ante todo, a la vida (“Dos vidas”); “los amantes viejos”, uno pesimista, optimista el otro; etc.

Como se ve, ya en esta breve enumeración, nos hallamos, en todos, o en casi todos los casos, frente al dilema de vida y razón racionalista, el cual, habiendo sido el grave problema del momento elementalista, puede revivir, de otro modo, de *un modo más avanzado*, al calor de las nuevas concepciones antirracionalistas. Pero lo significativo es que ahora el poeta no toma partido, de modo explícito, al afrontar la dicotomía o la antinomia. Se implica así una actitud de tolerancia: podemos personalmente preferir un comportamiento u otro, y hasta, en algún caso, sospechar lo mismo, con mayor o menor claridad, en el poeta; pero no existe, en cuanto absoluto, dentro del dominio de la vida, una verdad válida para todos los hombres: hay muchas verdades, tantas como seres humanos, verdades que vienen entre ellas a oposición. La razón que actúa y da cuenta de cada una de esas verdades no es entonces la razón racionalista o físico-matemática siempre generalizadora: es la razón vital, que entiende y explica *a cada uno* de los individuos, precisamente en cuanto individuales y únicos. Se trata, pues, del mismo tipo de racionalidad que opera hoy en las autonomías políticas (por ejemplo, en las españolas del momento); la misma que ha producido, a partir de los años 60, un incremento del ecologismo, o, sobre todo, una rebelión de las partes contra los abusos del Todo en el sentido que antes expresé. La fidelidad de Aleixandre al nuevo tiempo no puede ser más patente, sin dejar por eso de ser fiel a sí mismo, pues lo dicho implica un impulso de *solidaridad*, tan aleixandrina, y una tendencia a la *grandeza*, aleixandrina igualmente, según empecé por decir.

A Aleixandre, la Academia Sueca le concedió en 1977 el Premio Nobel. Los amantes de la poesía española le habían otorgado ese mismo premio con el corazón, hacía muchos, muchos años. Sírvanos esto de relativo consuelo en este día luctuoso.

CARLOS BOUSOÑO.